LA DOBLE INVERSIÓN DE LA FECUNDIDAD

Estatus, espacio y creencias después de la transición demográfica

Una síntesis estructurada de la evidencia y una agenda de investigación sobre la estratificación reproductiva de la modernidad

Xema Gatnau

Agosto de 2026

Resumen

La historia de la relación entre estatus social y fecundidad no parece seguir una regla estable. Antes de la transición demográfica, la riqueza, la posición social y el acceso a recursos se asociaban con frecuencia a una descendencia más numerosa. Durante la transición, las élites redujeron antes su fecundidad y se consolidó durante buena parte del siglo XX una relación negativa entre renta, educación y número de hijos. En las últimas décadas, sin embargo, varias de esas regularidades se han debilitado o invertido de nuevo. Entre los países ricos, la correlación entre renta y fecundidad ha pasado a ser positiva; dentro de algunos países, los ingresos altos se asocian crecientemente con la transición a la paternidad; y las mujeres altamente educadas ya no muestran necesariamente la elevada childlessness que caracterizaba a cohortes anteriores. Al mismo tiempo, la fecundidad ultrabaja se ha extendido desde Europa y Asia oriental hacia países de renta media y, según Fernández-Villaverde y Norrick (2026), las tendencias nacionales son negativas en la inmensa mayoría de países analizados.

Este trabajo propone interpretar conjuntamente estos hechos mediante la idea de una doble inversión del gradiente de estatus y un marco de tres dimensiones: recursos, espacio y creencias. La renta puede volver a facilitar la reproducción cuando la modernidad convierte la formación familiar en una actividad intensiva en vivienda, tiempo, servicios y estabilidad. El espacio residencial y la forma urbana pueden amplificar este proceso: la evidencia disponible asocia casas unifamiliares, acceso a vivienda y menor congestión urbana con mayor fecundidad, aunque la causalidad varía por estudio y paridad. Finalmente, religiosidad, valores familiares y otras creencias de continuidad pueden sostener preferencias reproductivas elevadas incluso en sociedades ricas y densas, con Israel como caso especialmente relevante. A partir de esta síntesis se formula una hipótesis propia: el gradiente positivo entre renta y fecundidad debería ser más intenso cuanto mayor sea la compresión residencial urbana. El artículo distingue expresamente entre resultados robustos, evidencia sugerente e hipótesis todavía no contrastadas, y propone un diseño empírico para Estados Unidos con ACS/PUMS, estadísticas vitales y encuestas de valores.

Palabras clave: fecundidad; transición demográfica; estatus social; renta; vivienda; densidad; urbanización; religiosidad; conservadurismo; modernidad; fecundidad ultrabaja; desigualdad reproductiva; sostenibilidad demográfica.

Tesis central: la modernidad no elimina la relación entre recursos y reproducción; la transforma. Cuando tener hijos exige comprar espacio, tiempo, servicios y seguridad, los recursos pueden volver a elevar la fecundidad. Esa relación debería hacerse más fuerte en entornos urbanos densos y caros, mientras que las creencias familiares o religiosas pueden modificar o incluso contrarrestar el efecto material.

Contenido

1. Introducción: de la transición demográfica a la estratificación reproductiva
2. Método: síntesis estructurada, no metaanálisis estadístico
3. La primera relación: estatus alto y fecundidad alta antes de la transición
4. Primera inversión: cuando las élites empezaron a tener menos hijos
5. De la segunda transición demográfica a la caída global
   5.1. Oleadas históricas y cambio de signo de la relación fecundidad-renta
6. ¿Segunda inversión? Renta, educación y fecundidad en la modernidad tardía
7. De bien normal a bien de lujo y, quizá, a bien de estatus
8. Vivienda, espacio y compresión demográfica
9. Ruralidad, metrópolis y el laboratorio estadounidense
10. Creencias, religión, ideología y continuidad
11. Un marco integrado: recursos × espacio × creencias
12. Hipótesis contrastables
13. Mapa de evidencia: qué sabemos y qué falta demostrar
14. Agenda empírica: cómo testar las hipótesis
15. Implicaciones para economía, urbanismo y sostenibilidad demográfica
16. Relación con la conjectura de la modernidad y trabajos previos
17. Conclusión

1. Introducción: de la transición demográfica a la estratificación reproductiva

Durante buena parte del siglo XX se enseñó una historia relativamente simple. Las sociedades pobres y agrarias tenían muchos hijos; el desarrollo reducía la mortalidad, urbanizaba la economía, elevaba la educación y hacía descender la fecundidad; finalmente, las sociedades ricas convergían hacia un régimen de baja mortalidad y fecundidad moderada. Esa narrativa sigue describiendo una parte esencial de la transición demográfica, pero ya no basta para explicar el presente.

La primera anomalía es histórica: la relación negativa entre riqueza y fecundidad no fue una constante humana. La evidencia recopilada por Skirbekk (2008) muestra que antes del inicio del descenso moderno de la fecundidad los grupos de mayor estatus tuvieron con frecuencia más descendencia que los de menor estatus. La segunda anomalía es contemporánea: en diversos países ricos la relación negativa entre renta y fecundidad se ha aplanado o vuelto positiva, y algunas de las caídas más aceleradas de fecundidad se observan hoy en países de renta media y entre grupos de menores recursos. La tercera anomalía es espacial: sociedades igualmente ricas muestran resultados demográficos radicalmente distintos, y dentro de los países persisten gradientes entre áreas rurales, suburbanas y metropolitanas.

Estas tres anomalías sugieren que no existe una función monotónica y universal del tipo “más desarrollo = menos hijos”. El desarrollo cambia los costes, los beneficios y las condiciones materiales de reproducción; pero esas transformaciones dependen de la fase histórica, de la organización urbana, de la estructura familiar, de los mercados de vivienda y cuidados, y de las creencias sobre familia, descendencia y continuidad.

El objetivo de este trabajo es reconstruir esas tendencias y proponer una síntesis. La tesis es que podemos estar entrando en una tercera configuración histórica. En ella, tener hijos deja de ser un comportamiento asociado a menor estatus y empieza a requerir, cada vez más, una combinación de recursos económicos, espacio residencial y preferencias suficientemente fuertes por la continuidad familiar. En algunos entornos, incluso tener un primer hijo puede requerir una base material elevada; tener tres o cuatro puede convertirse en una conducta accesible principalmente a hogares que pueden comprar vivienda, tiempo y servicios. Esto no significa que los hijos sean ya universalmente un “bien de lujo” y mucho menos un “bien de estatus” en sentido económico estricto. Significa que la hipótesis merece separarse en componentes y contrastarse.

La contribución propia se concentra en dos ideas. Primera, la doble inversión de estatus debe analizarse junto con la geografía residencial: el nuevo gradiente positivo renta-fecundidad puede ser parcialmente un gradiente de capacidad para comprar espacio familiar. Segunda, ese gradiente debería ser mayor en ciudades densas y caras que en territorios rurales o descomprimidos. A esta segunda proposición la denominaremos hipótesis de amplificación urbana del gradiente renta-fecundidad.

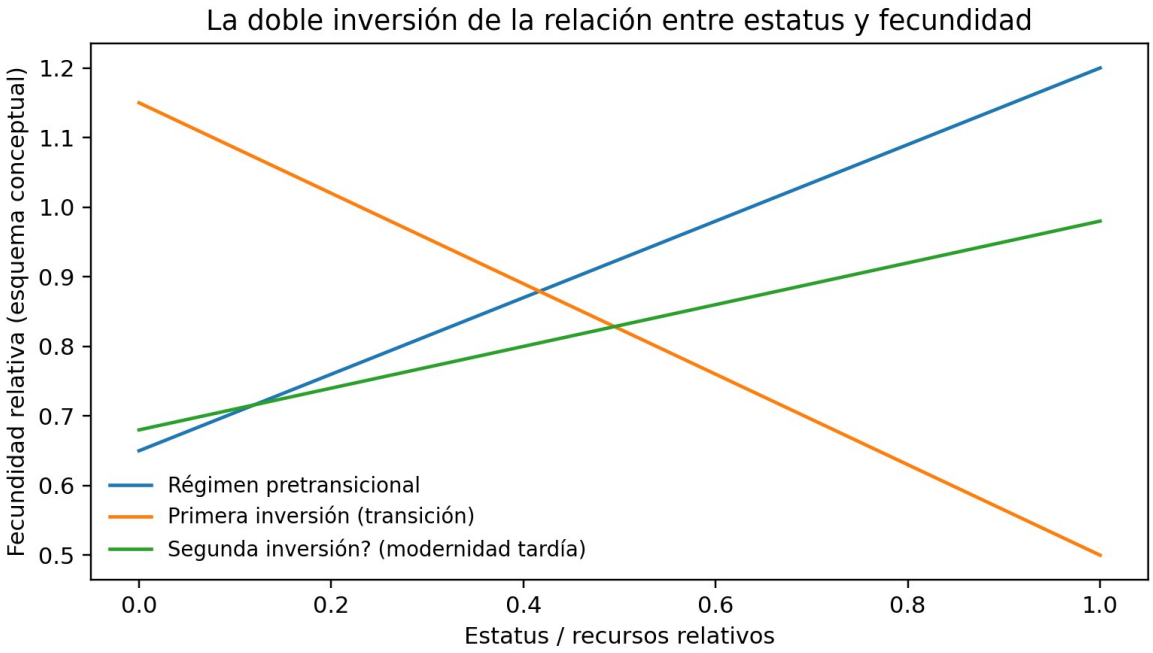

Figura 1. Esquema conceptual de la doble inversión. No representa una estimación empírica única; resume tres regímenes históricos que la literatura documenta con diferente intensidad.

2. Método: síntesis estructurada, no metaanálisis estadístico

Este artículo es una revisión estructurada de evidencia y una síntesis conceptual. No es un metaanálisis estadístico en sentido estricto. Los estudios disponibles utilizan resultados incompatibles entre sí -TGF, fecundidad completada, nacimiento en los últimos doce meses, probabilidad de primer nacimiento, número de hijos, childlessness-, escalas geográficas diferentes y diseños que van desde reconstrucciones históricas hasta registros administrativos, encuestas y experimentos naturales. Combinar esos coeficientes en un único tamaño de efecto produciría una precisión aparente difícil de justificar.

La estrategia es, por tanto, semejante a una scoping review: identificar regularidades, separar tipos de evidencia, evaluar mecanismos y construir hipótesis que puedan ser sometidas posteriormente a pruebas homogéneas. Se concede mayor peso a estudios con registros administrativos, datos longitudinales, experimentos naturales o diseños que tratan explícitamente la selección residencial y la endogeneidad. Los estudios puramente descriptivos se utilizan para establecer hechos estilizados, no causalidad.

Para ordenar la literatura se emplean cuatro categorías de evidencia:

- A - Robusta o ampliamente replicada: patrones observados en múltiples países o fuentes y compatibles con estudios causales o longitudinales.
- B - Sugerente: asociación consistente y con mecanismos plausibles, pero sensible al contexto o con problemas de selección/endogeneidad.

- C - Hipótesis abierta: proposición compatible con la evidencia disponible pero no testada de forma directa.
- D - Concepto normativo o filosófico: útil para interpretar el fenómeno, pero no una categoría demográfica técnica.

La distinción es fundamental. El objetivo no es convertir intuiciones plausibles en “hechos” por acumulación retórica, sino precisamente mostrar dónde termina la evidencia y dónde empieza la agenda de investigación.

3. La primera relación: estatus alto y fecundidad alta antes de la transición

Una de las ventajas de mirar varios siglos es que destruye la impresión de que la relación moderna entre pobreza y familias numerosas sea antropológicamente necesaria. Skirbekk (2008), a partir de 879 muestras históricas, concluye que antes del descenso de la fecundidad el estatus elevado se asociaba con frecuencia a una fecundidad superior. En Florencia en 1427, por ejemplo, las mujeres de 30-34 años del grupo más pobre tenían en promedio alrededor de tres hijos, frente a cifras superiores entre los grupos medios y ricos. Estudios de ciudades italianas y francesas muestran patrones semejantes.

La explicación material es intuitiva. En economías agrarias o preindustriales, riqueza y posición podían facilitar el matrimonio temprano, la formación de un hogar, el acceso a tierra y alimento y la supervivencia infantil. El estatus también podía aumentar el éxito matrimonial masculino y reducir algunas restricciones biológicas asociadas a privación y mortalidad. En este régimen, los hijos contribuían a la economía doméstica y a la continuidad patrimonial y familiar.

La observación no implica que todas las élites de todas las épocas tuvieran más hijos, ni que la educación operara igual que la riqueza. Skirbekk subraya que el efecto negativo de educación sobre fecundidad aparece de forma persistente desde que disponemos de datos comparables en el siglo XX. “Estatus” es una variable compuesta: renta, riqueza, ocupación, rango, educación y poder pueden tener efectos distintos.

Precisamente por eso resulta útil hablar de regímenes históricos y no de una ley universal. La primera relación positiva no desapareció porque la riqueza cambiara de signo metafísico, sino porque cambió la tecnología de reproducción social: mortalidad, contracepción, educación de los hijos, urbanización, empleo femenino, vivienda y expectativas de consumo.

4. Primera inversión: cuando las élites empezaron a tener menos hijos

La transición demográfica transforma esa relación. En muchas sociedades las clases altas y urbanas limitaron antes la fecundidad. En Rouen, por ejemplo, las clases superiores comenzaron su descenso antes que los artesanos y trabajadores, hasta invertir el gradiente observado un siglo antes. En el largo plazo estadounidense, Jones y Tertilt (2008) documentan una historia compleja de la relación entre fecundidad, renta y educación para cohortes de mujeres nacidas entre 1826 y 1960.

Los mecanismos son múltiples y compatibles. Las élites tuvieron antes acceso a información contraceptiva y a prácticas deliberadas de limitación; la educación elevó el coste de oportunidad del tiempo femenino; la industrialización redujo la utilidad productiva infantil; y el modelo cantidad-calidad de Becker y Lewis hizo más costoso aumentar simultáneamente el número de hijos y la inversión educativa por hijo. La mortalidad infantil descendió, de modo que tener muchos nacimientos dejó de ser necesario para conseguir descendientes supervivientes.

Durante gran parte del siglo XX, esta inversión se convirtió en una de las regularidades canónicas de la economía de la familia: hogares con mayor renta o mujeres con más educación tendían a tener menos hijos. La imagen social de la familia numerosa cambió con ella. Lo que en regímenes históricos podía indicar capacidad material o posición pasó a asociarse, en muchas sociedades desarrolladas, con menor educación, menor control reproductivo, maternidad temprana y pobreza.

Sin embargo, convertir esa regularidad de una fase histórica en una ley permanente era arriesgado. Doepke, Hannusch, Kindermann y Tertilt (2023) sostienen que la economía de la fecundidad ha entrado en una “nueva era” precisamente porque dos correlaciones clásicas -renta-fecundidad y participación laboral femenina-fecundidad- dejaron de comportarse como antes en los países de renta alta.

5. De la segunda transición demográfica a la caída global

La segunda transición demográfica añadió un nuevo problema: la fecundidad no se detuvo alrededor del reemplazo. Desde finales del siglo XX, numerosos países europeos y de Asia oriental descendieron muy por debajo de 2,1 hijos por mujer. El concepto de lowest-low fertility se consolidó para niveles inferiores a 1,3. En 2024 la Unión Europea registró una TGF de 1,34, según Eurostat, y Estados Unidos alcanzó un mínimo histórico de aproximadamente 1,60, según el National Vital Statistics System.

La evolución más disruptiva es que la fecundidad ultrabaja ya no parece un fenómeno exclusivo de sociedades occidentales ricas. Fernández-Villaverde y Norrick (2026) reúnen evidencia reciente de México, Túnez, Tailandia, Colombia, Irán y Brasil, entre otros, y estiman un modelo para 236 países y territorios. En su especificación, 219 tendencias nacionales son negativas y no observan una nivelación general dentro de la muestra. Su afirmación más provocadora no es solamente que la fecundidad mundial esté acercándose o haya cruzado ya el reemplazo, sino que el descenso reciente se concentra de manera inesperada en países de renta baja y media y entre grupos de menores ingresos y educación.

Este patrón debilita una explicación puramente basada en el nivel de renta. Los autores proponen, con cautela, una “conjectura de la modernidad”: grandes organizaciones, credenciales formales, educación intensiva, carreras rígidas, debilitamiento de redes de parentesco y cambios en los roles de género pueden hacer caro el tercer hijo y relativamente barato no tener hijos, incluso antes de alcanzar niveles de renta occidentales. La modernidad, no la riqueza en sí misma, sería el denominador común.

El punto es crucial para este paper. Si el desarrollo ya no ordena a los países en una sola escala de “pobres con muchos hijos / ricos con pocos”, debemos analizar qué dimensiones de la modernidad generan variación entre sociedades igualmente desarrolladas. La forma urbana y residencial, la distribución de recursos y la persistencia de creencias familiares aparecen entonces como variables candidatas.

5.1. Oleadas históricas y cambio de signo de la relación fecundidad-renta

Conviene añadir aquí una perspectiva más propiamente histórica y comparada entre países. La literatura sobre clases sociales y diferencias intrapaís es fundamental, pero corre el riesgo de oscurecer otra transformación de gran alcance: la difusión internacional del régimen de baja fecundidad no se produjo de una sola vez ni de manera uniforme. Su geografía histórica ayuda a entender por qué el vínculo entre fecundidad y renta ha cambiado tanto de signo como de escala.

El primer gran descenso no debe narrarse simplemente como una consecuencia mecánica de la industrialización inglesa. Francia constituye una anomalía decisiva por su precocidad: su fecundidad empezó a descender relativamente pronto, antes de reproducir el patrón industrial británico. Después, durante el siglo XIX y comienzos del XX, Inglaterra y Gales, Bélgica, los Países Bajos, Alemania y Escandinavia fueron entrando progresivamente en la transición. Más tarde, el régimen de baja fecundidad se generalizó por Europa meridional y oriental, y en el siglo XX se consolidó también en las sociedades de asentamiento europeo.

La siguiente oleada fue aún más instructiva. Japón realizó una transición muy rápida en la posguerra; posteriormente, Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur no solo alcanzaron niveles bajos, sino que se convirtieron en laboratorios de fecundidad ultrabaja. En décadas recientes, el fenómeno se ha extendido con enorme rapidez a América Latina, Oriente Medio y diversas economías de renta media. Esto sugiere que cada oleada tardía necesita menos tiempo —y quizá menos renta por habitante— para cruzar los umbrales que a Europa occidental le costaron mucho más.

Dicho de otro modo, la historia internacional de la fecundidad no muestra una simple secuencia “pobres con muchos hijos / ricos con pocos hijos”. Muestra más bien una propagación del control reproductivo, de la reducción del tamaño familiar y, finalmente, del subreemplazo. Por eso resulta útil sintetizar conceptualmente la evolución histórica de la correlación entre fecundidad y renta. La figura siguiente no es una estimación empírica única; resume, de forma esquemática, la trayectoria histórica que parece emerger de la literatura comparada.

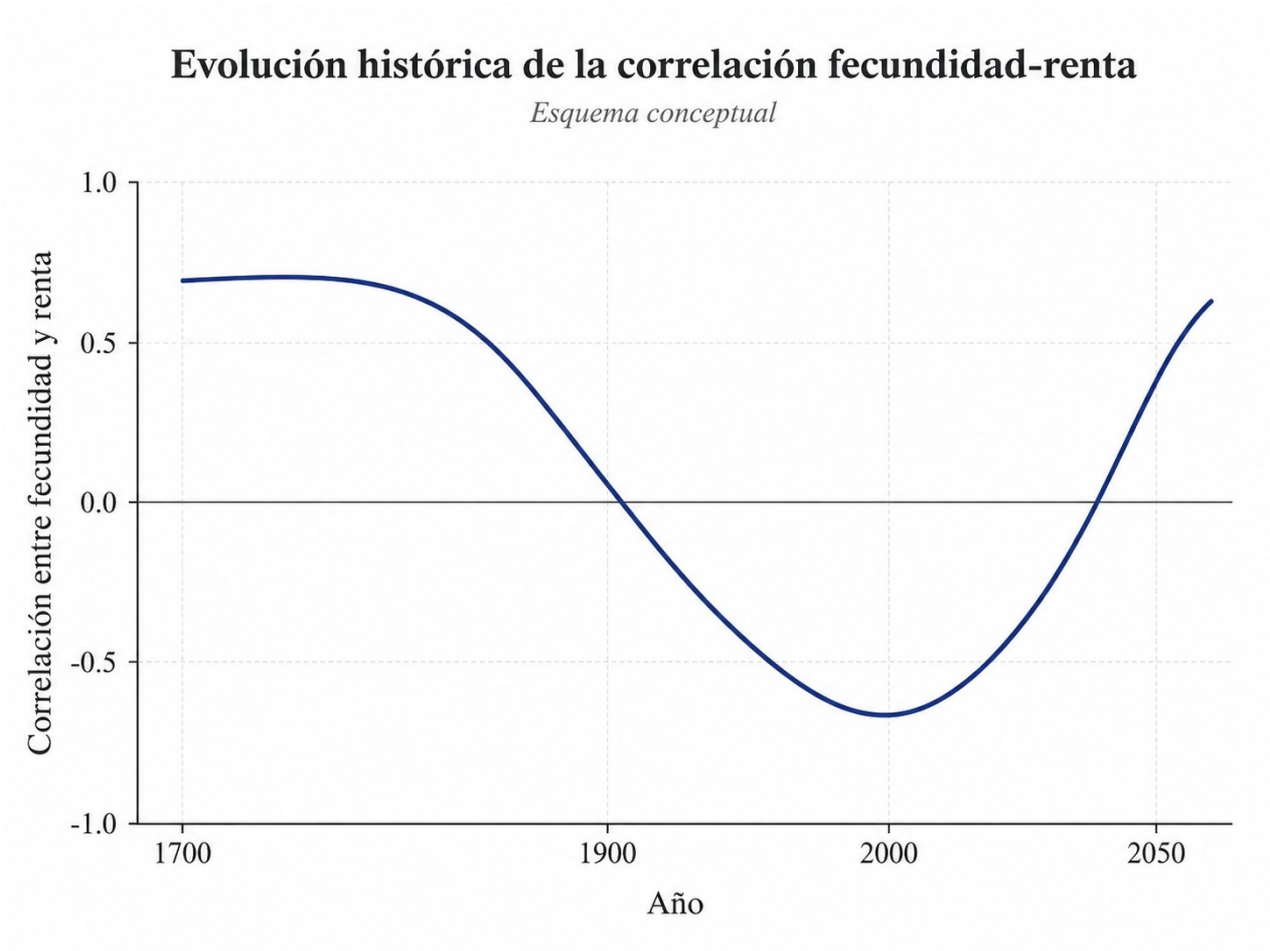

Figura 2. Evolución histórica de la correlación fecundidad-renta. Esquema conceptual: positiva en regímenes pretransicionales, negativa durante gran parte de la transición y de la modernidad demográfica clásica, y potencialmente de nuevo positiva en ciertas sociedades avanzadas del siglo XXI. No representa una estimación empírica única.

La curva propuesta resume tres regímenes históricos. En una primera fase, propia de amplios segmentos del mundo pretransicional, la correlación entre renta y fecundidad tendería a ser positiva: los grupos con más recursos podían sostener más descendencia, y tener muchos hijos no denotaba necesariamente bajo estatus. En una segunda fase, correspondiente a la transición demográfica y a buena parte del siglo XX, la correlación se vuelve negativa: las élites y luego los grupos con mayor educación y renta se adelantan en la limitación voluntaria de la fecundidad. Finalmente, en una tercera fase todavía incompleta y heterogénea, la relación parecería aplanarse e incluso volver a ser positiva en determinados países y subpoblaciones de las sociedades avanzadas.

Esta figura ayuda también a separar dos preguntas que el debate suele mezclar. La primera es histórica y geográfica: cómo se difundió entre países el régimen de baja fecundidad, desde los pioneros europeos hasta las transiciones aceleradas de Asia oriental, América Latina y otras regiones. La segunda es estratificadora e intrapaís: una vez que el subreemplazo se generaliza,

quién conserva mayor capacidad o disposición a tener hijos. La sección siguiente aborda precisamente esta segunda cuestión.

La síntesis anterior puede hacerse algo más concreta si, además de la curva conceptual de correlación, se observan trayectorias nacionales estilizadas en el tiempo. La figura siguiente no pretende ofrecer una base de datos exhaustiva ni una reconstrucción exacta año por año; resume, de forma aproximada, países representativos de distintas oleadas de transición para que se vea visualmente cómo el descenso empezó antes en algunos pioneros europeos, se aceleró después en Asia oriental y más tarde alcanzó a economías de renta media, mientras varias sociedades africanas siguen todavía en fases relativamente más altas.

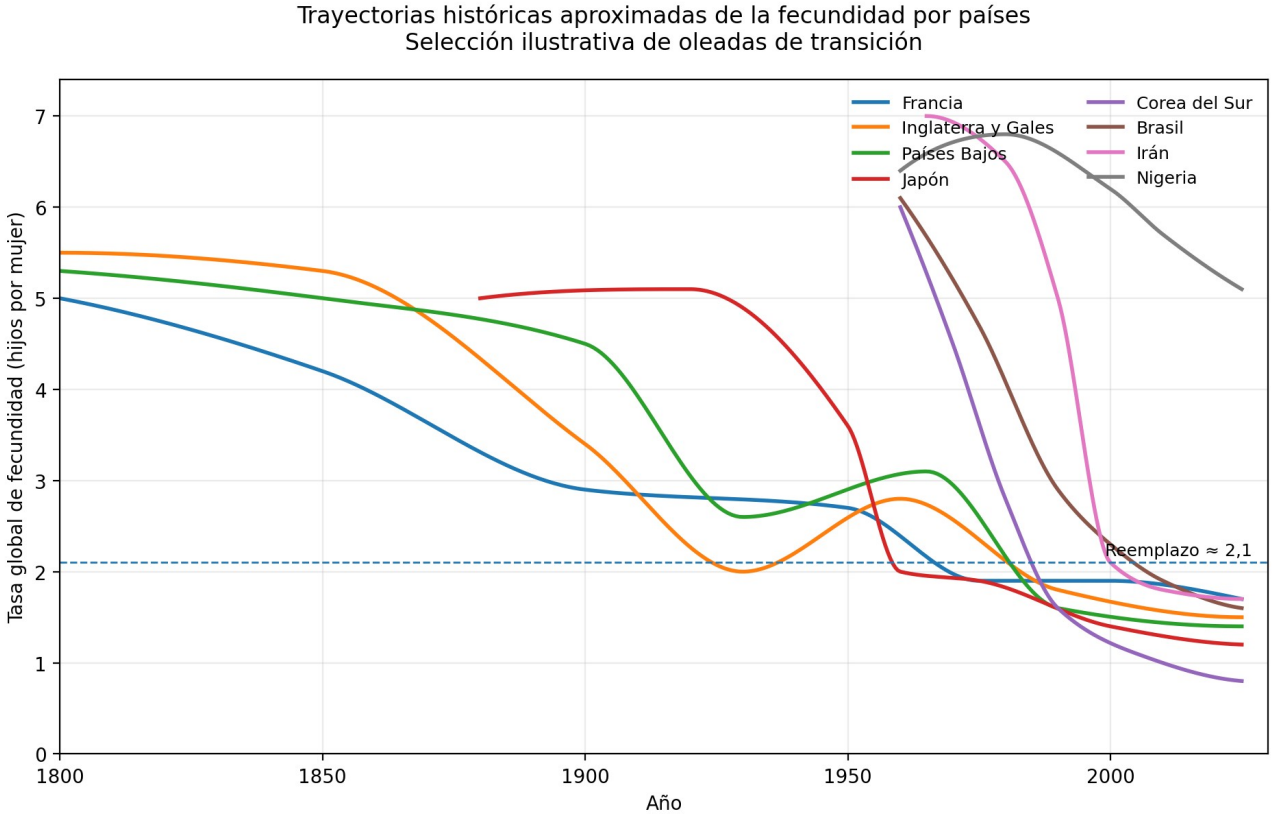

Figura 3. Trayectorias históricas aproximadas de la fecundidad por países. Selección ilustrativa de oleadas de transición (Francia, Inglaterra y Gales, Países Bajos, Japón, Corea del Sur, Brasil, Irán y Nigeria). Elaboración propia con fines esquemáticos a partir de patrones ampliamente documentados en la literatura; no equivale a una serie oficial armonizada.

La lectura del gráfico permite apreciar varias cosas a la vez. Primero, que la caída de la fecundidad no fue simultánea: Francia y otros países europeos iniciaron el descenso mucho antes; Japón siguió después; y Corea del Sur, Irán o Brasil condensaron en pocas décadas lo que a Europa le llevó mucho más tiempo. Segundo, que el subreemplazo no se detiene necesariamente en torno a 2,1: varios casos continúan descendiendo una vez cruzado ese umbral. Tercero, que el contraste con Nigeria ayuda a visualizar que la historia global sigue

siendo desigual: no todas las regiones han completado la transición, pero la dirección general del movimiento es claramente descendente.

Visto junto con la figura conceptual anterior, este panel refuerza la idea central de la subsección: el problema no es solo qué grupos tienen más hijos dentro de cada sociedad, sino también cómo las sucesivas oleadas de países han ido incorporándose a una misma lógica de reducción del tamaño familiar. La cuestión de la segunda inversión aparece precisamente cuando esa lógica ya es casi universal y lo que cambia es quién conserva más fecundidad relativa dentro de la modernidad tardía.

6. ¿Segunda inversión? Renta, educación y fecundidad en la modernidad tardía

La hipótesis de una segunda inversión de estatus no afirma que la relación positiva entre renta y fecundidad sea ya universal. Afirma algo más preciso: después de la primera inversión, el gradiente negativo se ha debilitado y en determinados contextos ha cambiado de signo.

Bar et al. (2018) muestran que en Estados Unidos la relación negativa entre renta y fecundidad se aplanó entre 1980 y 2010 porque las familias de altos ingresos aumentaron su fecundidad. Su mecanismo es la marketización del tiempo parental: los hogares ricos pueden adquirir cuidado infantil y servicios domésticos, convirtiendo una parte del coste temporal de los hijos en un coste monetario que pueden pagar. La desigualdad de renta puede, paradójicamente, abaratar esos servicios en relación con el salario de los hogares de renta alta.

Hazan, Weiss y Zoabi (2023) ofrecen una pieza complementaria. Las mujeres altamente educadas eran más propensas a permanecer sin hijos en Estados Unidos en 1990; en cohortes posteriores, esa diferencia se redujo hasta converger con otros niveles educativos. Los autores vuelven a señalar la posibilidad de comprar sustitutos de tiempo doméstico como mecanismo que permite combinar carrera y familia.

La evidencia neerlandesa reciente es especialmente clara. Van Wijk (2024), utilizando registros de toda la población entre 2008 y 2022, encuentra que la renta se asocia de manera crecientemente positiva con la fecundidad tanto para hombres como para mujeres. Sin embargo, el resultado está impulsado por los primeros nacimientos; para nacimientos de orden superior el efecto es mucho menor. Esta precisión es decisiva. La segunda inversión puede comenzar no porque los ricos tengan cuatro hijos, sino porque los hogares de renta baja encuentran cada vez más difícil entrar en la paternidad.

Esto sugiere dos procesos distintos. En el margen extensivo, recursos insuficientes pueden impedir o retrasar el primer hijo. En el margen intensivo, espacio, preferencias y costes marginales determinan la transición de uno a dos, de dos a tres y así sucesivamente. Un paper que mezcle ambos márgenes puede confundir mecanismos diferentes.

La relación positiva de renta tampoco debe interpretarse automáticamente como causal. Renta alta correlaciona con pareja estable, salud, educación, vivienda y selección. Pero los

experimentos naturales apuntan en la misma dirección: los shocks positivos de riqueza por loterías en Taiwán elevan la fecundidad, sobre todo favoreciendo primeros nacimientos, y los experimentos de acceso a vivienda en Brasil muestran efectos reproductivos especialmente fuertes entre adultos jóvenes.

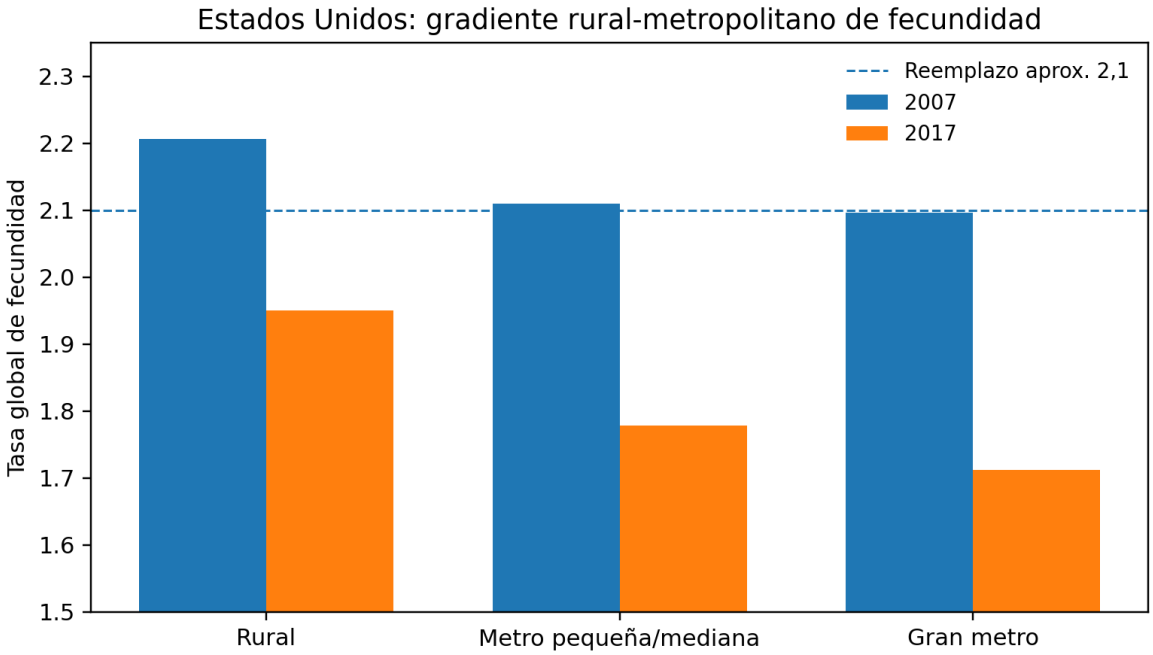

Figura 4. Tasa global de fecundidad por urbanización en Estados Unidos, 2007 y 2017. Fuente: Ely y Hamilton (2018), NCHS/NVSS. Los valores son nacimientos esperados por mujer (la fuente los publica por 1.000 mujeres).

7. De bien normal a bien de lujo y, quizá, a bien de estatus

La intuición de que los hijos se están convirtiendo en un bien de lujo requiere precisión conceptual. En microeconomía, un bien normal es aquel cuya demanda aumenta con la renta; un bien de lujo tiene una elasticidad-renta superior a uno; un bien de estatus o posicional proporciona además utilidad por la señal social asociada a su consumo o posesión. Son tres afirmaciones distintas.

La literatura contemporánea respalda razonablemente la primera: incrementos exógenos de recursos pueden elevar la probabilidad de tener hijos, y los hogares de renta alta han recuperado parte de la fecundidad relativa perdida durante el siglo XX. Hay evidencia más limitada para llamar a los hijos un “bien de lujo” en sentido técnico, porque los tamaños de efecto varían por edad, sexo, paridad y contexto. Y todavía no existe, en la literatura revisada aquí, evidencia suficiente para afirmar que las familias numerosas funcionen como un bien de estatus en sentido causal.

Sin embargo, la hipótesis del estatus es plausible y testable. En una metrópolis donde un tercer dormitorio, el cuidado infantil, la escuela, el transporte y el tiempo parental son muy caros, una

familia de tres o cuatro hijos puede transmitir información sobre riqueza, estabilidad, flexibilidad laboral o acceso a redes de cuidado. El signo cultural de la familia numerosa puede invertirse: de señal de privación o ausencia de control reproductivo a señal de capacidad para sostener un proyecto familiar costoso.

La tesis debe formularse de forma gradual. Primero: comprobar si la elasticidad renta-fecundidad se vuelve positiva. Segundo: comprobar si esa elasticidad crece con la paridad, especialmente para el tercer y cuarto hijo. Tercero: comprobar si el gradiente aumenta con el precio del suelo y la densidad. Solo después tendría sentido estudiar un componente simbólico de status signaling, por ejemplo mediante encuestas experimentales que midan cómo se perciben familias numerosas según su contexto urbano y económico.

8. Vivienda, espacio y compresión demográfica

La vivienda es la pieza que conecta renta con forma urbana. No es solo un gasto: es la infraestructura física de la reproducción familiar. Un hogar puede desear un hijo y disponer de ingresos suficientes para alimentación y vestido, pero considerar inviable la transición si exige cambiar de barrio, añadir dormitorios, asumir una hipoteca mucho mayor o multiplicar desplazamientos y cuidados.

Kulu y Vikat (2007), utilizando registros longitudinales finlandeses, encuentran la fecundidad más elevada entre parejas que viven en casas unifamiliares y la más baja entre residentes en apartamentos, incluso controlando características demográficas y socioeconómicas. Una parte importante se explica por selección residencial: parejas que planean hijos se mudan antes. Pero el estudio encuentra además un riesgo relativamente alto de tercer nacimiento varios años después de la mudanza a una casa unifamiliar, compatible con un efecto persistente de vivienda espaciosa y entorno familiar.

La evidencia brasileña proporciona una identificación más causal. Van Doornik, Fazio, Ramadorai y Skrastins (2024) explotan loterías de acceso a crédito de vivienda. Obtener vivienda aumenta la probabilidad de tener un hijo y el número de hijos; entre participantes de 20-25 años, los efectos son especialmente grandes. El impacto es mayor cuando las restricciones residenciales son fuertes, en vivienda de baja calidad y en zonas con elevada carga de alquiler. El resultado es relevante porque separa parcialmente la selección: la asignación temporal de acceso a vivienda contiene variación aleatoria.

Kondo (2019) aborda el problema desde la aglomeración. Con microdatos japoneses, estima que un aumento de diez veces en el tamaño/densidad de la ciudad se asocia, manteniendo otros factores constantes, con una reducción importante del número de hijos entre parejas jóvenes y con un retraso del primer nacimiento. Parte del diferencial se recupera con la edad, pero queda una diferencia residual en fecundidad completada. El mecanismo de “congestión” es más amplio que la vivienda: incluye tiempo de desplazamiento, acceso incierto a guarderías, costes educativos y otros costes correlacionados con grandes ciudades.

Por eso conviene distinguir densidad física de compresión residencial. La densidad nacional de un país es una medida pobre para una pareja concreta. Lo relevante es el entorno efectivo: metros cuadrados disponibles, número de dormitorios, precio por unidad adicional de espacio, régimen de tenencia, tamaño del municipio, tiempo de desplazamiento, accesibilidad de servicios y proximidad de redes familiares. Un país puede ser denso y mantener fecundidad elevada si sus instituciones y creencias compensan esos costes; puede ser poco denso a escala nacional y, sin embargo, concentrar a la mayor parte de jóvenes en mercados metropolitanos extremadamente caros.

Se propone, por tanto, el concepto de compresión demográfica residencial: el conjunto de restricciones por las cuales la formación o ampliación de una familia exige un salto desproporcionado de vivienda, tiempo y logística. La hipótesis no es que la densidad sea mala en sí misma, sino que la compresión puede convertir la reproducción en un consumo crecientemente sensible a renta.

9. Ruralidad, metrópolis y el laboratorio estadounidense

Estados Unidos es un laboratorio especialmente útil porque combina niveles de renta altos con enorme variación en densidad, precio de vivienda, forma urbana, religiosidad y cultura política. La evidencia descriptiva oficial ya muestra un gradiente. Ely y Hamilton (2018) encuentran que entre 2007 y 2017 la TGF cayó en todos los niveles de urbanización, pero fue sistemáticamente mayor en condados rurales. En 2017 fue 1,95 en condados rurales, 1,778 en áreas metropolitanas pequeñas o medianas y 1,712 en grandes metropolitanas. La edad al primer nacimiento también era menor en áreas rurales y la brecha con grandes ciudades se amplió.

El gradiente no demuestra causalidad. Las áreas rurales difieren en composición racial, educación, religión, matrimonio, inmigración y selección de residencia. Además, ruralidad y baja densidad no son equivalentes a abundancia económica: muchas zonas rurales son pobres. Precisamente por ello el siguiente paso es estudiar interacciones, no medias simples.

La pregunta central propuesta por este trabajo es: entre hogares con preferencias familiares similares, ¿el efecto de la renta sobre la fecundidad es mayor en una gran metrópolis que en un área rural? Si una casa adecuada para tres hijos es relativamente barata en una localidad pequeña, una familia de renta media y una de renta alta pueden acceder a ella. En una metrópolis densa, la transición a una vivienda de tres o cuatro dormitorios puede ser prohibitivamente costosa para la clase media y trivial para la élite. La misma diferencia de renta produce entonces una diferencia reproductiva mayor.

Esta es la hipótesis de amplificación urbana. No predice necesariamente que la fecundidad de los ricos urbanos supere a la de los ricos rurales; predice que el gradiente dentro del entorno urbano -la diferencia reproductiva entre hogares de renta baja y alta- será más pronunciado allí donde el espacio familiar sea escaso y caro.

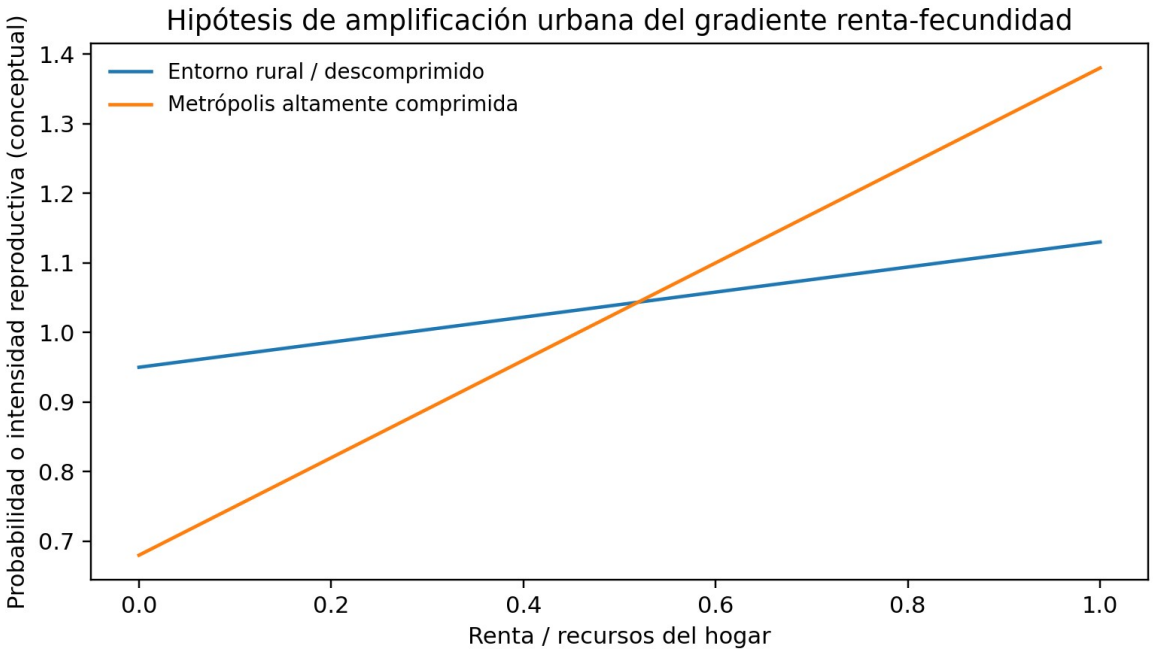

Figura 5. Hipótesis de amplificación urbana. Esquema conceptual: el gradiente renta-fecundidad sería más pronunciado en entornos residencialmente comprimidos. No es una estimación empírica.

Una implicación adicional es de mediación. Si la renta elevada aumenta la fecundidad urbana principalmente porque permite adquirir espacio, entonces incluir variables de vivienda -dormitorios, unidades en estructura, alquiler, coste hipotecario, hacinamiento, propiedad- debería reducir el coeficiente de renta. Si no lo reduce, habrá que buscar otros canales: estabilidad de pareja, servicios de cuidado, salud, flexibilidad laboral o preferencias.

10. Creencias, religión, ideología y continuidad

Una teoría puramente material tampoco explica toda la variación. Israel es el contraejemplo más importante al argumento de que riqueza, urbanización y densidad conduzcan necesariamente a fecundidad ultrabaja. La Oficina Central de Estadística de Israel situaba la TGF alrededor de 2,9 en los datos recientes, muy por encima de la media de la OCDE. Fernández-Villaverde y Norrick lo describen como la excepción clara entre economías avanzadas y subrayan que la fecundidad judía se ha mantenido elevada incluso fuera de los grupos ultraortodoxos.

La evidencia internacional y estadounidense respalda una relación entre religiosidad y fecundidad, aunque los mecanismos incluyen selección, matrimonio y normas familiares. Hayford y Morgan (2008) muestran que no basta con la etiqueta denominacional: la importancia subjetiva de la religión y la participación religiosa importan. Estudios longitudinales y registros europeos encuentran también diferencias persistentes por afiliación y práctica.

La relación con ideología política requiere una formulación igualmente cautelosa. Vogl y Freese (2020), con la General Social Survey, encuentran que los individuos con mayor fecundidad y sus descendientes son más conservadores en cuestiones de "family values", especialmente aborto y matrimonio entre personas del mismo sexo. El patrón está vinculado a religiosidad y educación y no implica que toda dimensión del conservadurismo cause más hijos. Pero sí demuestra que la reproducción diferencial puede modificar la composición ideológica de generaciones futuras.

La "creencia nacional" o voluntad explícita de continuidad colectiva está mucho menos identificada empíricamente. Puede ser relevante en Israel o en comunidades minoritarias con fuerte conciencia de continuidad, pero suele estar entrelazada con religión, endogamia, conflicto, política familiar y estructuras comunitarias. En este paper debe clasificarse como hipótesis abierta, no como resultado demostrado.

Conceptualmente, las creencias actúan sobre la demanda de hijos, mientras recursos y espacio actúan sobre la capacidad de realizarla. Esto permite comprender por qué los mismos costes producen resultados distintos. Una pareja con fuerte preferencia por tres hijos puede aceptar sacrificios que otra no; una comunidad puede organizar cuidados, vivienda y transferencias de manera que reduzca el coste efectivo; y un hogar rico puede convertir preferencias moderadas en hijos efectivos gracias a mayor capacidad material.

11. Un marco integrado: recursos × espacio × creencias

La literatura suele presentar mecanismos como alternativas: renta, vivienda, género, normas, religión, childcare. Este trabajo propone tratarlos como dimensiones complementarias. La fecundidad realizada depende de, al menos, tres preguntas distintas:

- ¿Se desea el hijo? - preferencias, religión, valores familiares, continuidad, expectativas de vida.
- ¿Se puede pagar? - renta, riqueza, empleo, estabilidad, capacidad para comprar cuidados y servicios.
- ¿Cabe materialmente en la vida del hogar? - vivienda, dormitorios, densidad, transporte, tiempo, guardería, redes familiares.

La formulación "recursos × espacio × creencias" no implica una multiplicación literal. Indica complementariedad. Si una dimensión es extremadamente restrictiva, puede bloquear las demás. Un hogar con altos recursos pero sin deseo de hijos tendrá fecundidad baja; un hogar pronatalista sin recursos puede no realizar su preferencia; un hogar con recursos y deseo puede retrasar si la vivienda adecuada es inaccesible.

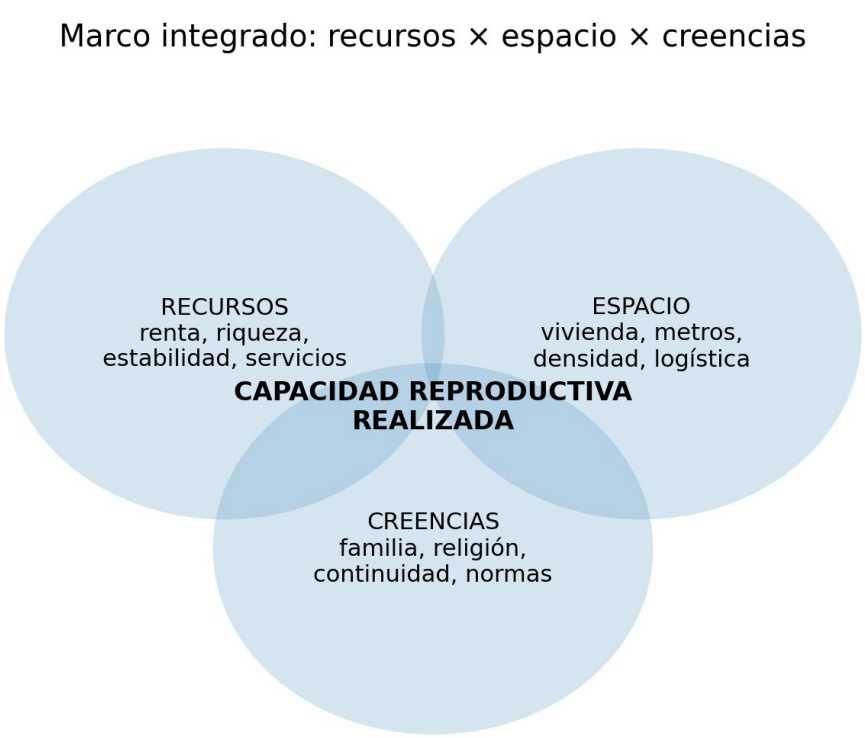

Figura 6. Marco conceptual integrado. La fecundidad realizada emerge de la interacción entre recursos, espacio y creencias; ninguna dimensión por sí sola agota el fenómeno.

Esta complementariedad también permite reconciliar resultados aparentemente contradictorios. En mercados donde la vivienda es barata, el efecto marginal de renta puede ser pequeño. Donde la vivienda es cara, la renta puede ser decisiva. En grupos religiosos que organizan ayuda comunitaria, el efecto negativo de densidad o coste puede ser menor. Entre hogares de renta alta, la marketización del cuidado puede reducir el coste del tiempo; entre hogares de renta baja, el mismo mercado de servicios puede ser inaccesible.

El modelo sugiere que la modernidad no es un tratamiento homogéneo. Puede haber una modernidad comprimida -alta densidad, vivienda pequeña, carreras rígidas, educación competitiva y redes familiares débiles- y una modernidad más descomprimida -mayor espacio, movilidad residencial y vivienda familiar accesible-. Ambas pueden estar bajo reemplazo, pero no necesariamente en el mismo equilibrio.

12. Hipótesis contrastables

A partir de la revisión pueden formularse hipótesis que no deben confundirse con hechos ya demostrados:

H1. Segunda inversión de estatus. En sociedades de muy baja fecundidad, el gradiente renta-fecundidad tenderá a ser menos negativo o positivo, especialmente en el margen del primer nacimiento.

H2. Amplificación urbana. El gradiente positivo renta-fecundidad será más pronunciado cuanto mayor sea la densidad efectiva, el coste de vivienda familiar o la compresión residencial.

H3. Mediación residencial. Una parte del efecto positivo de la renta en áreas urbanas se reducirá al controlar por dormitorios, superficie, tipo de vivienda, tenencia y carga de vivienda.

H4. Sensibilidad por paridad. El espacio residencial tendrá un efecto particularmente fuerte sobre la transición al tercer hijo, porque ese nacimiento exige con mayor frecuencia un salto de categoría de vivienda.

H5. Gradiente rural más plano. Entre hogares rurales o de baja compresión, la diferencia de fecundidad entre ricos y pobres será menor que en grandes ciudades, una vez controladas edad, educación, matrimonio y religión.

H6. Creencias como compensador. La religiosidad y los valores familiares fuertes reducirán la sensibilidad de la fecundidad a algunas restricciones materiales, aunque no necesariamente las eliminen.

H7. Interacción recursos-creencias. Los recursos tendrán mayor traducción en nacimientos cuando existe una preferencia previa por hijos; un shock de riqueza debería elevar más la fecundidad entre personas con deseos familiares no satisfechos.

H8. Familia numerosa como señal de estatus. En mercados urbanos extremadamente caros, la percepción social de una familia de tres o más hijos se asociará más con estatus y capacidad económica que en entornos rurales. Esta es la hipótesis más abierta del conjunto.

13. Mapa de evidencia: qué sabemos y qué falta demostrar

Proposición	Evidencia	Base principal	Cautela
Alta fecundidad de élites antes de la transición	A	Skirbekk 2008; evidencia histórica múltiple	No universal; “estatus” cambia de significado.
Primera inversión hacia gradiente negativo	A	Skirbekk 2008; Jones & Tertilt 2008	Educación, renta y ocupación no son equivalentes.
Caída mundial y expansión a renta media	A/B	UN 2025; Fernández-Villaverde & Norrick 2026	Medición reciente desigual en países con registros débiles.
Renta-fecundidad se vuelve más positiva en países ricos	A/B	Doepke et al. 2023; Bar et al. 2018; van Wijk 2024	Fuerte heterogeneidad por género y paridad.
Acceso a vivienda aumenta fecundidad	A/B	Van Doornik et al. 2024; Kulu & Vikat 2007	El efecto depende de edad y selección residencial.
Densidad/agglomeración reduce o retrasa fecundidad	B	Kondo 2019; Ely & Hamilton 2018	Parte puede ser selección de residentes.
Religiosidad/valores familiares asociados a mayor fecundidad	A/B	Hayford & Morgan 2008; Vogl & Freese 2020; Israel CBS	Causalidad y transmisión intergeneracional complejas.
Gradiente renta-fecundidad más fuerte en ciudades densas	C	Hipótesis de este trabajo	Requiere interacción explícita renta × densidad/espacio.
Familia numerosa como bien de estatus	C	Hipótesis de este trabajo	Distinguir señal de estatus de simple capacidad de pago.
Identidad nacional como	C	Compatible con algunos casos	Difícil separar de religión,

factor pronatalista autónomo			conflicto e instituciones.

Tabla 1. Clasificación sintética de la evidencia. A = robusta o ampliamente replicada; B = sugerente/contextual; C = hipótesis abierta.

14. Agenda empírica: cómo testar las hipótesis

Estados Unidos permite una estrategia particularmente potente porque el American Community Survey ofrece microdatos anuales con una variable que identifica si una mujer de 15 a 50 años dio a luz en los doce meses anteriores, junto con renta, educación, empleo, estado civil y numerosas características de vivienda: dormitorios, habitaciones, unidades en la estructura, alquiler, valor, costes del propietario, vehículos y ocupantes por habitación. Las estadísticas vitales del NVSS permiten complementar esos microdatos con tasas por edad y geografía.

Un primer diseño podría estimar, para mujeres de 20-44 años, una probabilidad de nacimiento reciente:

$$\Pr(Birth_{it} = 1) = \text{logit}^{-1}[\, \alpha + \beta_1 Income_{it} + \beta_2 Density_{jt} + \beta_3 Housing_{it} + \beta_4 BeliefProxy_{jt} + \beta_5(Income \times Density) + X_{it}\Gamma + \mu_j + \tau_t \,]$$

La variable crucial es β_5. La hipótesis de amplificación urbana predice $\beta_5 > 0$ cuando una mayor densidad o compresión hace que los recursos compren una porción mayor de la capacidad reproductiva. Como la ACS no mide religiosidad, habría que combinar análisis territoriales con General Social Survey, Cooperative Election Study u otras encuestas para la dimensión de creencias, o usar composición religiosa local con cautela ecológica.

El análisis debería descomponerse por paridad siempre que los datos lo permitan. Para el primer hijo, la pregunta es entrada en la paternidad; para el segundo, continuidad; para el tercero, capacidad de ampliar la familia. Los mecanismos de vivienda probablemente difieren. Kulu y Vikat sugieren que el tercer nacimiento merece atención específica, mientras van Wijk muestra que el nuevo gradiente de renta neerlandés está impulsado sobre todo por primeros nacimientos.

También conviene explotar variación temporal en precios y oferta de vivienda. Un diseño de diferencias en diferencias alrededor de reformas de zonificación, grandes expansiones de vivienda familiar o shocks de crédito permitiría observar si el gradiente de fecundidad cambia especialmente entre grupos de renta. La identificación ideal no preguntaría solo “¿la vivienda afecta la fecundidad?”, sino “¿la vivienda explica por qué la renta afecta más a la fecundidad en determinados lugares?”.

Para testar la hipótesis de estatus sería necesario un módulo distinto. Un experimento de viñetas podría presentar hogares equivalentes que difieren en número de hijos y localización -centro de Manhattan frente a una ciudad pequeña, por ejemplo- y preguntar por percepción de riqueza, éxito, estabilidad, religiosidad y estatus. Si la familia numerosa funciona como señal posicional, el efecto del número de hijos sobre estatus percibido debería ser mayor en mercados urbanos caros incluso controlando explícitamente la renta declarada.

15. Implicaciones para economía, urbanismo y sostenibilidad demográfica

Si el marco es correcto, parte de la crisis de fecundidad no puede tratarse únicamente con transferencias monetarias marginales. El problema no es solo el "precio" del niño en sentido estrecho, sino la arquitectura material de la vida familiar. Una ayuda de algunos miles de euros puede tener poco efecto si el tercer hijo exige pasar de un piso de dos dormitorios a una vivienda cuyo coste aumenta cientos de miles, o si la jornada y el transporte hacen imposible el cuidado.

Esto no implica que la solución sea baja densidad universal. Las ciudades generan productividad, innovación, cultura y economías de escala. La cuestión es si el urbanismo produce suficiente vivienda familiar, variedad tipológica, acceso a espacio, guarderías y tiempos compatibles con la reproducción. Una política de vivienda que multiplica estudios y apartamentos de un dormitorio puede aumentar la oferta total y, sin embargo, no reducir la restricción específica que enfrenta una familia que quiere un segundo o tercer hijo.

Tampoco basta con afirmar que más renta resolverá el problema. Las economías de Asia oriental muestran que sociedades muy ricas pueden mantener fecundidades ultrabajas. Fernández-Villaverde y Norrick señalan factores como educación competitiva, normas de género y vivienda; Kondo muestra costes de aglomeración; y la evidencia sobre religión indica que preferencias y normas siguen siendo relevantes. La modernidad puede ser rica y, al mismo tiempo, demográficamente hostil.

Desde la perspectiva de sostenibilidad, esto introduce una distinción importante. Una sociedad puede ser económicamente productiva y ecológicamente cada vez más eficiente, pero demográficamente incapaz de reemplazarse. En trabajos previos, Gatnau (2026a, 2026b) ha formulado esta tensión como sostenibilidad demográfica y ha propuesto que una estructura residencial más descomprimida puede formar parte de la solución. El presente paper no demuestra esa solución; intenta aislar el mecanismo que debería comprobarse empíricamente: si espacio y forma urbana explican una parte significativa de la diferencia reproductiva dentro de la modernidad.

Cualquier implicación política debe respetar una restricción adicional: la fecundidad es una decisión íntima y no puede reducirse a un objetivo administrativo. El interés público legítimo consiste en eliminar obstáculos, no en imponer resultados. Vivienda accesible, compatibilidad trabajo-familia, información, salud reproductiva y neutralidad institucional frente a quienes desean tener hijos son intervenciones diferentes de la coerción pronatalista.

16. Relación con la conjectura de la modernidad y trabajos previos

La relación con Fernández-Villaverde y Norrick (2026) es de continuidad, no de sustitución. Terra Incognita pregunta por qué la fecundidad cae casi en todas partes y concluye que los mecanismos habituales no explican por sí solos el patrón global. Su conjectura es que la

modernidad misma hace caro el tercer hijo y barato no tener hijos. Este trabajo acepta esa conjectura como punto de partida posible y formula la pregunta siguiente: si la modernidad empuja hacia abajo, ¿qué determina la profundidad de la caída y las excepciones?

La respuesta propuesta es que "modernidad" debe descomponerse. Dos países igualmente modernos pueden diferir en espacio residencial, estructura de vivienda, redes familiares, mercado de cuidados, religiosidad, normas de pareja y valores de continuidad. La renta agregada no captura esas dimensiones. Una modernidad comprimida puede producir un equilibrio reproductivo mucho menor que una modernidad espacialmente favorable a la familia, incluso cuando ambas se sitúen por debajo del reemplazo.

Esta idea conecta también con dos trabajos previos del autor. Generations to Extinction (Gatnau, 2026a) se concentra en la aritmética de mantener un multiplicador generacional inferior a uno y en la diferencia entre stock poblacional y trayectoria. La Conjectura del 1, 3⅓, 10, 13 y 33 (Gatnau, 2026b) formula un escenario extremo de convergencia mundial hacia una TGF cercana a 1. El presente paper cumple una función distinta: no calcula el destino de una TGF determinada, sino que investiga qué factores pueden explicar la dispersión alrededor de los niveles de fecundidad de la modernidad.

Autosostenibles para la sostenibilidad global (Gatnau, 2026c) ya planteaba que la sostenibilidad ecológica y la demográfica pueden entrar en tensión y proponía recuperar espacio y autonomía familiar mediante una forma de desurbanismo en red. Aquí esa intuición se convierte en una hipótesis empírica más delimitada: la compresión urbana debería amplificar el gradiente de renta y el acceso a vivienda adecuada debería mediar una parte de la fecundidad realizada.

17. Conclusión

La fecundidad no tiene una relación estable con el estatus. La historia parece mostrar, al menos, dos grandes inversiones. Antes de la transición demográfica, riqueza y posición se asociaban a menudo con más descendencia. Durante la transición, las élites limitaron antes la fecundidad y se consolidó la imagen de la familia numerosa como rasgo de menor estatus. En la modernidad tardía, esa relación está cambiando otra vez: la renta elevada se asocia en algunos contextos con mayor probabilidad de ser padre o madre, la penalización reproductiva de la educación superior se debilita y los grupos de menores recursos participan intensamente en la reciente caída de fecundidad.

El cambio no debe interpretarse como una simple vuelta al pasado. Los mecanismos son distintos. La familia premoderna rica tenía más hijos porque controlaba recursos productivos y sociales. La familia moderna rica puede tener más hijos porque puede comprar tiempo, vivienda, cuidado, flexibilidad y seguridad en un sistema que ha hecho costosa la reproducción. Es una segunda inversión bajo una tecnología social diferente.

La vivienda y el espacio aparecen como candidatos centrales para explicar por qué esa inversión no es igual en todas partes. La evidencia disponible muestra asociaciones fuertes entre casas unifamiliares y fecundidad, efectos causales del acceso a vivienda en Brasil, retrasos

reproductivos en grandes ciudades japonesas y un gradiente rural-metropolitano persistente en Estados Unidos. Pero todavía falta una prueba directa de la hipótesis más específica de este trabajo: que la desigualdad de renta se traduzca en una desigualdad reproductiva mayor cuanto mayor sea la compresión residencial.

Las creencias completan el marco. Israel demuestra que la riqueza y la densidad no producen por sí solas fecundidad ultrabaja. Religiosidad y valores familiares se asocian con mayor fecundidad en numerosos estudios, y la reproducción diferencial puede modificar la composición ideológica de la sociedad. La continuidad demográfica depende por tanto tanto de la capacidad como del deseo.

La síntesis puede expresarse en una frase: en la modernidad tardía, tener hijos puede estar dejando de ser principalmente una consecuencia de no limitar la reproducción y convirtiéndose en un proyecto que exige querer, poder pagar y poder alojar. Si esa transformación continúa, la fecundidad será cada vez más estratificada. Comprender esa estratificación -y no solo el promedio nacional de hijos por mujer- puede ser una de las claves para explicar por qué algunas sociedades se aproximan a un hijo por mujer mientras otras resisten bastante por encima.

Referencias

Bar, M., Hazan, M., Leukhina, O., Weiss, D., & Zoabi, H. (2018). Why did rich families increase their fertility? Inequality and marketization of child care. Journal of Economic Growth, 23(4), 427-463. DOI: 10.1007/s10887-018-9160-8.

Becker, G. S. (1960). An economic analysis of fertility. In Demographic and Economic Change in Developed Countries. Princeton University Press/NBER.

Becker, G. S., & Lewis, H. G. (1973). On the interaction between the quantity and quality of children. Journal of Political Economy, 81(2), S279-S288.

Chesnais, J.-C. (1992). The Demographic Transition: Stages, Patterns, and Economic Implications. Oxford University Press.

Coale, A. J., & Watkins, S. C. (Eds.). (1986). The Decline of Fertility in Europe. Princeton University Press.

Doepke, M., Hannusch, A., Kindermann, F., & Tertilt, M. (2023). The economics of fertility: A new era. In Handbook of the Economics of the Family, Vol. 1, 151-254.

Ely, D. M., & Hamilton, B. E. (2018). Trends in fertility and mother's age at first birth among rural and metropolitan counties: United States, 2007-2017. NCHS Data Brief No. 323.

Eurostat. (2026). Fertility statistics: 2024 data. Statistics Explained.

Fernández-Villaverde, J., & Norrick, P. (2026). Terra Incognita: The Economics of a Shrinking World. Annual Review of Economics, forthcoming. DOI: 10.1146/annurev-economics-081026-024323.

Gatnau, X. (2026a). Generations to Extinction: A manifesto about replacement, compounding, and the quiet violence of exponential decline. Manuscrito.

Gatnau, X. (2026b). Conjectura de l'1, 3⅓, 10, 13 i 33: una hipòtesi sobre la convergència mundial de la fecunditat i els 1.000 anys fins a l'extinció. Manuscrito.

Gatnau, X. (2026c). Autosostenibles para la sostenibilidad global: justificación técnica de un desurbanismo en red para una humanidad ecológica y demográficamente autosostenible. Manuscrito.

Hayford, S. R., & Morgan, S. P. (2008). Religiosity and fertility in the United States: The role of fertility intentions. Social Forces, 86(3), 1163-1188.

Hazan, M., Weiss, D., & Zoabi, H. (2023). Highly educated women are no longer childless: The role of marketization. Economics Letters, 230, 111226.

Jones, L. E., & Tertilt, M. (2008). An economic history of fertility in the U.S.: 1826-1960. In Frontiers of Family Economics, Vol. 1. Emerald. NBER Working Paper 12796.

Kondo, K. (2019). Does agglomeration discourage fertility? Evidence from the Japanese General Social Survey 2000-2010. Journal of Economic Geography, 19(3), 677-704.

Kulu, H., & Vikat, A. (2007). Fertility differences by housing type: The effect of housing conditions or of selective moves? Demographic Research, 17, 775-802. DOI: 10.4054/DemRes.2007.17.26.

National Center for Health Statistics. (2026). Births: Final Data for 2024. National Vital Statistics Reports.

Skirbekk, V. (2008). Fertility trends by social status. Demographic Research, 18, 145-180. DOI: 10.4054/DemRes.2008.18.5.

United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division. (2025). World Fertility 2024.

Van Doornik, B., Fazio, D., Ramadorai, T., & Skrastins, J. (2024). Housing and Fertility. Banco Central do Brasil Working Paper 612 / CEPR Discussion Paper 19805.

van Wijk, D. (2024). Higher incomes are increasingly associated with higher fertility: Evidence from the Netherlands, 2008-2022. Demographic Research, 51, 809-822. DOI: 10.4054/DemRes.2024.51.26.

Vogl, T. S., & Freese, J. (2020). Differential fertility makes society more conservative on family values. Proceedings of the National Academy of Sciences, 117(14), 7696-7701. DOI: 10.1073/pnas.1918006117.

Nota metodológica final: varias cifras de 2025-2026 citadas por Fernández-Villaverde y Norrick proceden de estadísticas oficiales recientes o de estimaciones propias de esos autores. Cuando este paper las reproduce, lo hace como parte de la evidencia de Terra Incognita y no como una estimación independiente. Las hipótesis denominadas “amplificación urbana”, “compresión demográfica residencial” y “familia numerosa como señal de estatus” son propuestas de este trabajo y no se presentan como resultados ya establecidos.